

La Ascensión de Cristo

1. *Cristo subió a los cielos en cuerpo y alma y está sentado a la diestra del Padre.* Dogma de fe. Todos los Símbolos de fe.

2. Cristo predijo que volvería al Padre (*Io.* 6, 62; 14, 2; 16, 28; 20, 17). Al presentarse a sí mismo como pan de vida, llamando a su carne y sangre comida y bebida, pretendió evitar el escándalo que entre sus discípulos provocó el discurso, tratando de cambiar su punto de vista desde este modo terrestre de existir a otro modo espiritual. Los discípulos verán después cómo el Hijo del Hombre sube al cielo con su cuerpo glorificado y retorna al lugar donde antes estaba. Vuelve a preparar moradas para sus amigos y enviar al Espíritu Santo. Al Hijo del Hombre pertenece estar sentado a la derecha del Padre (*Mt.* 26, 64). Lo que Cristo había profetizado, lo vieron los Apóstoles realmente cumplido: “Los reunidos le preguntaban: Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel? El les dijo: No os toca a vosotros conocer los tiempos ni los momentos que el Padre ha fijado en virtud de su poder soberano; pero recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaria y hasta los extremos de la tierra. Diciendo esto y viéndole ellos, se elevó, y una nube le ocultó a sus ojos. Mientras estaban mirando al cielo, fija la vista en El, que se iba, dos varones con hábitos blancos se les pusieron delante y les dijeron: Varones galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que ha sido llevado de entre vosotros al cielo vendrá así como le habéis visto ir al cielo. Entonces se volvieron del monte llamado Olivete a Jerusalén, que dista de allí el camino de un sábado” (*Act.* 1, 6-12). (Cfr. *Act.* 2, 33; 3, 21; 5, 31; *Mc.* 16, 19; *Lc.* 24, 50; *Eph.* 4, 8; *Rom.* 10, 6; *I Pet.* 3, 21).

Este es el gran “misterio de la piedad”: “Que se ha manifestado en la carne, ha sido justificado por el Espíritu Santo, ha sido mostrado a los ángeles, predicado a las naciones, creído en el mundo, ensalzado en la gloria” (*I Tim.* 3, 16). A la diestra de Dios vió el diácono Esteban al Hijo del Hombre, cuando se le reveló la gloria

de Dios (*Act.* 7, 55-56). Frecuentemente se testifican juntas la Resurrección y subida a los cielos: siempre que se habla de la gloria y elevación de Cristo; lo que abarca ambas cosas: Resurrección y Ascensión (*Lc.* 24, 26; *Mt.* 22, 44; sobre todo, *Phil.* 2, 9-10).

La estrecha vinculación entre los hechos de la Ascensión y Resurrección de Cristo garantiza también el carácter histórico de la subida a los cielos. Mientras que hasta entonces pertenecía en cierto modo a la tierra—se aparecía a los Apóstoles, comía y bebía con ellos, se dejaba tocar...—, con la subida a los cielos terminó este estado intermedio.

3. Con frecuencia los *Santos Padres* celebran la Ascensión de Cristo como anticipación de la nuestra, como fundamento de nuestra esperanza y confianza, como consolación de nuestro peregrinar terrestre.

Según la *Epístola de Bernabé* celebramos con alegría el domingo porque en ese día resucitó Cristo de entre los muertos y después de haberse aparecido subió a los cielos (cap. 15). *San León Magno*, en su sermón 73, cap. 4, dice: “Durante el tiempo que transcurre entre la Resurrección y la subida a los cielos cuidó la Providencia divina de los suyos, enseñándoles y revelándose a su mirada y a su corazón: tenían que saber que nuestro Señor Jesucristo, hecho verdaderamente hombre, el que padeció y murió, también había resucitado realmente de entre los muertos. Los bienaventurados Apóstoles y los discípulos, que estaban consternados por la muerte de Cristo y que dudaban de su Resurrección, quedaron firmemente fortalecidos al ver la verdad y se alegraron, en vez de apenarse, cuando Cristo subió a los cielos. Y de hecho los discípulos tenían numerosos motivos para regocijarse al ver que la naturaleza humana del Señor tomaba posesión de su sitio sobre todas las criaturas del cielo: sobre los coros de ángeles y por encima de los sublimes arcángeles; su morada estaba junto al Padre eterno y participaba de la gloria del trono de aquel con cuya esencia estaba unida la naturaleza humana por medio del Hijo. La Ascensión de Cristo significa a la vez nuestro encumbramiento; nuestro cuerpo puede esperar ser llamado allí donde la “gloria de la Cabeza” le ha precedido; por eso queremos, hermanos amadísimos, regocijarnos colmados de alegría y expresar esta alegría dando gracias a Dios. No sólo se nos ha asegurado en este día la posesión del Paraíso, sino que ya hemos subido con Cristo a las alturas del cielo. De mucho más valor es lo que se nos ha concedido por la inefable gracia del Señor que lo

que perdimos por envidia del diablo. Aquella naturaleza que el enemigo expulsó de la felicidad de su mirada primera ha sido incorporada por el Hijo de Dios a sí y puesta a la diestra del Padre, con quien vive y reina en unidad del Espíritu Santo, Dios por toda la eternidad" (cfr. también San León Magno, sermón 74, sec. 2-4).

Firmicus Maternus, *Sobre el error de las religiones paganas*, sección 24; San Juan Damasceno, *De fide orthodoxa*, lib. 4, cap. 2.

4. *No sabemos dónde estuvo Jesús durante los cuarenta días que pasaron desde la Resurrección hasta la subida a los cielos* (Tomás de Aquino, *Suma teológica*, III, cuestión 55, artículo 3 a la 2.^a objeción). En esos días trató con sus discípulos del reino de Dios (*Act.* 1, 3). Ese tiempo sirvió para preparar a los discípulos a entender la nueva realidad, instaurada por la Cruz y la Resurrección. A la vez contribuyó a que los discípulos se fueran desprendiendo poco a poco de la figura corporal de Cristo y se fueran acercando a la fe en el Señor glorificado (Santo Tomás, *Suma teológica*, cuestión 55, artículo 1.^o). Por otra parte—tal como se demuestra en las apariciones—, debía convencerles de la realidad del cuerpo glorificado.

5. *La Ascensión de Cristo es un hecho histórico ocurrido en el tiempo y en el espacio*. Es un traslado de la naturaleza humana glorificada de Cristo a un determinado lugar dentro de la creación, adecuado a su estado de gloria y bienaventuranza. El hecho de que la naturaleza humana de Cristo fuera trasladada a un determinado lugar es consecuencia natural de su materialidad, que, como hemos dicho, no quedó suprimida en la transformación de la Resurrección. Estando la naturaleza humana vinculada al tiempo y al espacio, debe estar y existir en algún sitio. Así se deduce también de algunos textos de la Escritura (*Lc.* 24, 50-51; *Act.* 1, 9-11; *Io.* 6, 28; 14, 2-3; *Col.* 1, 3; *Phil.* 3, 20; *Hebr.* 13, 14; *I Thes.* 4, 16-18; *II Cor.* 5, 6-8; *Apoc.* 21). Claro que no podemos determinar de ninguna manera el lugar concreto donde se halla la naturaleza humana de Cristo. No hay en todo el universo un lugar del que pueda decirse que es más adecuado a la naturaleza glorificada de Cristo que otro, al menos según nos es dado conocer por la experiencia. Si el traslado de la naturaleza glorificada de Cristo a un lugar apropiado para ella y desconocido para nosotros ocurrió en el momento de la Ascensión, hay que ver en ello una *alusión simbólica* de la sublimidad de la naturaleza humana de Cristo, que es superior a los mo-

dos de existencia asequibles a nuestra experiencia. El subir sobre las nubes tuvo, pues, una *significación simbólica*; es símbolo de un acontecimiento invisible y misterioso. La Ascensión significa la incorporación definitiva de la naturaleza humana de Cristo a la gloria oculta de la vida divina; fué la consecuencia de la glorificación realizada ya en la Resurrección. Pero Cristo se apareció todavía durante cuarenta días a los discípulos, mostrándose a ellos en su figura propia, pero semejante a las caducas formas de este mundo. Debía aparecerse así para ser percibido sensiblemente por sus discípulos, que vivían en el tiempo y en el espacio. La Ascensión significaba que Cristo no se aparecería ya más a sus discípulos hasta aquel día final en que volvería de nuevo envuelto en poder y gloria para acabarlo todo. La fe en la Ascensión es totalmente independiente de las antiguas concepciones del mundo.

6. La Ascensión de Cristo se distingue de *las apoteosis constatadas en la Historia de las Religiones* y en las antiguas leyendas de dioses, en que la Ascensión no es más que el acabamiento de algo que siempre fué así: la naturaleza humana de Cristo estuvo incorporada a la vida divina desde el momento de la Encarnación de Jesús. Esta realidad hasta entonces oculta fué revelada en la resurrección al irrumpir la gloria divina a través de la figura humana. La naturaleza humana de Cristo fué puesta por encima de las leyes del espacio y del tiempo; ya no volvió a ser parecida a las formas caducas de este mundo: "A quien el cielo debía recibir hasta llegar los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que Dios habló desde antiguo por boca de sus santos profetas" (*Act.* 3, 21). (Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Suma teológica*, III, cuestión 57, artículo 1.)

7. La Ascensión del Señor no es simplemente la conclusión de su actividad terrena, en el sentido de que retornará al Padre después de haber cumplido la misión que le encomendó. El Resucitado debe volver a su patria por no estar ya sometido a las formas limitadas de la existencia terrestre. Según el *Catecismo Romano*, todos los demás misterios de la vida de Cristo se refieren a la Ascensión como a su fin. Por eso es la Ascensión el acabamiento de la vida y obra históricas de Cristo. Símbolo de la gloria de Cristo resucitado es la nube; testigos y garantes de ella son los ángeles, que pertenecen al reino de Dios.

El que ha subido al cielo, abandonando las formas perecederas de este mundo para entrar en el silencio de la gloria divina, *está sen-*

tado a la diestra del Padre. Esto no quiere decir un descansar en un determinado lugar, sino el estado de dominio seguro y libre. No tiene sentido preguntar dónde está Cristo, porque no está ya sometido a las leyes del espacio. Cristo ejerce su dominio; es el Señor de este mundo, de los hombres, de las cosas y de los ángeles. A El está sujeto lo visible y lo invisible (*Col. 1, 16-17; Eph. 1, 19-23; Apoc. 3, 2*). Para que "al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para la gloria de Dios Padre" (*Phil. 2, 10-11*). Así le adoraron los apóstoles, cuando subió a los cielos bendiciéndoles (*Lc. 24, 51; cfr. §§ 147 y 153*).

Desde allí volverá para dar a su obra la forma definitiva. Cuanto hizo en su primera venida fué en cierto sentido preparación y *preludio de la segunda*. Bajo este punto de vista, su obra logró su acabamiento con la Ascensión al cielo (*Mt. 28, 30; Act. 1, 11; Io. 14, 3*).

8. *En la Ascensión se manifiesta el grado de perfección a que Cristo llevará a los hombres y al mundo.* Lo que ocurrió con Cristo es prefiguración y anticipación de lo que sucederá a toda la creación. Todos los hombres acabados y perfectos participarán del dominio regio de Cristo (*Apoc. 3, 21*). Y también la materia está destinada a tener parte en la gloria del Resucitado. Su cuerpo es el modelo de la futura existencia del mundo. El hecho de que Dios creara al principio la materia de la nada, es un milagro de la creación. Un gran milagro, sin duda alguna, porque la materia lleva necesariamente en su estructura los gérmenes de la descomposición y de la nada; pero por la virtud divina se conserva en la existencia. Esta inestabilidad y zozobra entre el ser y no-ser, propia de todo ser que no lo es por sí mismo, propia de todo ser creado, en ninguno de los seres es tan grande como en la materia. Su misma existencia es ya un misterio. En la Ascensión del Señor se aumenta ese milagro tanto, que no cabe pensar más. Pues la materia, que sigue siéndolo por esencia, que sigue siendo compuesta y perecedera, ya no es inestable y zozobrante, sino que participa de la plenitud e indestructibilidad de lo eterno, al recibir en sí la gloria de Dios, su poder y energía; la vida divina se realiza en la pobre materia. Este es el triunfo más grande del Creador sobre la materia y la dignidad más sublime que puede alcanzar la materia. Jamás podrá lograrse una concepción más alta y acabada de la ma-

teria, que la cristiana, según la cual reconocemos, que por la Ascensión al cielo, la carne, que Cristo tomó, está sentada a la derecha del Padre, es decir, que la carne participa de la gloria y poder originarios del Dios Trino. La Iglesia canta en el Canon de la fiesta de la Ascensión: "Communicantes et diem sacratissimum celebrantes, quo Dominus noster, Unigenitus Filius tuus, unitam sibi fragilitatis nostrae substantiam in gloriae tuae dextera collocavit" (J. Pinsk, *Aufgefahren in den Himmel, sitzt zur rechten Hand Gottes, des allmächtigen Vaters, in Ich glaube*, 17-18).

La elevación de la naturaleza humana de Cristo a participar en la gloria de Dios es, sobre todo, *la más alta revelación de Dios, de su poder y amor, de su santidad y belleza, de su libertad y plenitud*. El Hijo del Hombre subido a los cielos es la mayor glorificación de Dios, Dios es glorificado por las criaturas, cuando éstas participan de su gloria (§ 109). La gloria de Jesús, que mediante la Cruz ha resucitado y subido a los cielos, es, por tanto, el canto perdurable y más sublime de alabanza a Dios. A la vez, es la perfección suprema y plena de la naturaleza humana. El pensamiento último de Dios sobre el hombre encuentra su realización en Cristo resucitado y glorificado. La verdadera imagen del hombre, en su configuración definitiva, hecha por el mismo Dios, es ésa.

9. En Cristo se hizo *realidad* el destino de todo hombre y de todo el Universo; la participación en el esplendor y en la riqueza ya no es un lejano futuro, sino realidad actual y viva. Así como el bautizado ha resucitado con Cristo, del mismo modo ha sido trasladado al cielo con El (*Eph. 2, 6*). Este texto de San Pablo no puede interpretarse sólo como refiriéndose a que Cristo prepara nuestra morada en el cielo. El sentido del texto es que *participamos realmente del ser celestial de Cristo*. El bautizado, en lo más íntimo de su persona, ha sido librado de las formas perecederas de este mundo y transportado al ámbito en que vive el Señor glorificado (cfr. *De la gracia*).

Pero también aquí nos encontramos—como en la Resurrección—con el hecho de que el bautizado vive de la *esperanza*. Espera la hora en que la gloria de Cristo se revele (*I Cor. 1, 7-8*). Espera la venida de Cristo. Y de aquí la gran tensión de la vida del bautizado: camina por este mundo como peregrino, atado a él en todo y mira a la vez más allá, hacia el Señor que está sentado a la diestra del

Padre y cuya venida tanto anhela (*Apoc.* 22, 17-20). (Cfr. la exposición que hace de este punto J. Pinski, en su estudio *Aufgefahren in den Himmel, sitzet zur rechten Hand Gottes, des allmächtigen Vaters*, en *Ich glaube*, págs. 101-24.)